

CECILIA VALDÉS URRUTIA

Sandra Vásquez de la Horra puede pasar casi desapercibida con su actitud silente y su estatura (mide poco más de 1.50). Aparece muy seria en el museo. Pero luego da curso a una tremenda personalidad con una mirada y un sentir de la vida, el arte profundo y dialéctico: sus dibujos y pinturas están impregnados del surrealismo, de lo arquetípico, telúrico, de lo místico y espiritual y de su propia biografía. "Tengo una tía monja Carmelita y la familia de mi padre donó el terreno para el Santuario de la Virgen de lo Vásquez. Eran muy místicos, por eso mi relación con ello. Pero me fui al budismo y aprendí mucho de santería, conocí a una chamana maravillosa. Y como me interesa la antropología, me ha servido para el arte".

Observa atenta la oficina principal del Museo Nacional de Bellas Artes, detiene su mirada en el escritorio: "Me acuerdo de los tiempos de Nemesio Antúnez. Admirable. Tuve un breve paso por el taller 99... y nos íbamos de aquí con él a la Galería Bucchi", recuerda.

Premio Kate Köllwitz en 2023 —el más importante que se da en Alemania a una artista visual, otorgado por la Academia de Berlín desde 1960—, es hasta hoy la única latinoamericana en recibirlo. Antes, lo obtuvieron influyentes artistas internacionales como Nan Goldin, Mona Hatoum o Martin Kippenberger. "Fue algo extraordinario. Una gran sorpresa y un punto de inflexión en mi carrera. Pero no implica más desafíos. Esos me los doy yo misma. Soy demasiado autoexigente...". También obtuvo el Premio Richter y fue una de las artistas invitadas con sus dibujos experimentales a la muestra central de la Bienal de Venecia 2021, dirigida entonces por la italiana Cecilia Alemani. En Europa la han llegado a llamar "La madre del dibujo contemporáneo", como la Deutsche Welle, que le hizo recién un gran reportaje en televisión. Y revistas como Art Nexus dedican su portada a ella. Sin embargo, aquí sigue siendo casi una desconocida para la mayoría del público. Algunos intentos anteriores de traer una muestra naufragaron.

El jueves se inaugura por primera vez una gran exposición suya en la Sala Matta del Museo Nacional de Bellas Artes, bajo el título "Los volcanes despiertan", con cerca de 200 piezas entre dibujos y pinturas, grabados y guaches, leporellos (dibujos-objetos), instalaciones y sus "casitas". "La muestra llega íntegra organizada desde el Museo Denver de Estados Unidos (donde expuso este año) con la curaduría lista. El museo la adquirió (a través del Ministerio de Cultura). Y el curador del museo estadounidense, el brasileño Raphael Fonseca, está aquí para supervisar cada detalle", precisa la artista. Esas mismas obras —en su mayoría sobre papel— que aluden también a la heráldica, el paisaje y la alquimia siguen en marzo al Malba de Buenos Aires e inaugura en el Instituto de Arte Contemporáneo de Los Ángeles, en Estados Unidos.

La artista mantenía algunas de sus obras iniciales en una bodega familiar en Viña del Mar. "Fui a verla porque en 2025 se inaugura también una retrospectiva de mi trabajo en *Haus der Kunst* en Múnich... Y aproveché de reencontrarme con mi madre anciana en Viña. Estuve con mi hermana". Pudo acompañarla a Chile su marido, de nacionalidad sueca. "El debió volver al trabajo. Es ingeniero y fabrica trenes". Mientras su única hija, "Clara Natividad, de 30 años, vive en Suiza y es psicóloga".

Influencia junguiana

Sandra Vásquez se fue a los 28 años de Chile. "Necesitaba más espacio y libertad creativa". Pudo ingresar a la prestigiosa Academia de Arte de Düsseldorf. Algunos compañeros suyos habían sido allí alumnos de Gerhard Richter o de Anselm Kiefer. Ella fue alumna de otra figura clave del arte contemporáneo, Rosemarie Trockel.

—Pero ¿qué rol jugó el artista griego, uno de los protagonistas del arte pobre, Jannis Kounellis?

"Fue clave. En mis inicios dibujaba mucho porque tenía una guagua y lo único que podía hacer era dibujar en pequeño formato. Y Kounellis me dio mucho espacio, me incentivó. Me prestaba libros. Yo venía de Viña".

—¿No debe haber sido fácil empezar con dibujo en la Alemania de fines del siglo XX?

"Empecé en los años 80, cuando aún no estaba esta corriente del dibujo de la última década. Pero la primera vez que mostré dibujos públicamente fue en Art Colonia y tuvo mucha llegada con directores de museos muy importantes y con curadores. Les fascinó".



"Esa parte onírica se transforma en la mística junguiana. Me inspira mucho en mi obra", señala en su exposición.



"Despertar de un volcán", técnicas mixtas, 2019. "Empecé a entender lo que ejercían los volcanes despiertos en la psiquis".

ENTREVISTA | Inaugura "Los volcanes despiertos"

SANDRA VÁSQUEZ DE LA HORRA:

"Hago que estas obras vivan llenas de enigmas"

La artista viñamarina, residente en Berlín, ha sido la única latinoamericana en obtener el Premio Käte Köllwitz, en 2023, el más importante de Alemania. Fue también una de las protagonistas de la muestra central de la Bienal de Venecia 2021. El jueves se inaugura, por primera vez, en Chile, en el Museo Nacional de Bellas Artes, una exposición con cerca de 200 obras suyas, entre dibujos, pinturas e instalaciones, organizada íntegramente por el Denver Museum, de Estados Unidos.

tos del mundo, con la Filarmónica y sus tres teatros de ópera: "Alemania me ha enseñado mucho de música. Voy frecuentemente a conciertos y muchísimo a la ópera. Aunque soy ecléctica en mis gustos (¡cómo no!): me encantan Wagner, Debussy, Ravel... Pat Metheny, también Pink Floyd y Los Jaivas".

—¿La música alimenta y la figura y significado de lo que implica ser mujer parece seguir siendo su gran tema? "Pero creo otras lecturas, realizo un diálogo. Lo llevo a un nivel dialéctico pensante. Hago que estas obras vivan una vida llena de enigmas, incito a comprender algo que no se puede leer, que va contra la lógica. Imagino que tienen mucho de Ionesco, del teatro de absurdo. Y en las instalaciones, realizo con dibujos pequeños una pseudo improvisación de jazz. Es muy surrealista. Abro este universo de representación a un mundo lúdico".

Mujer, ¿feminista?

—¿Se ha declarado contraria a los movimientos feministas?

"¡Siempre! Porque cuando las cosas se instalan en un casillero se ponen muy limitadas, muy aburridas. Soy muy abierta y creo en los equilibrios y veo a la mujer como una gran inspiración y capacidad de crear seres humanos. Entonces, poner adjetivos de feminista es como separarse del ser humano. La mujer abarca mucho más".

—Y sus obras se han expandido a otros formatos genuinos como los leporellos y las casitas.

"Y al expandirse surge la metamorfosis de la mujer como casa que crea hogar, la mujer como paisaje. En mis 'leporellos' la mujer se transforma en paisaje. Y los dibujos que tienen las casitas en su interior son un viaje. Uno de ellos es sobre un viaje imaginario desde las islas cíclopes a Catania..."

—¿Habla de una "alquimia" que hace con sus dibujos al bañarlos con cera?

"También baño las pinturas con una técnica de cera. He complejizado mucho esa técnica en la acuarela, en el carbón, pintura, guaches, óleo. Cuando los paso por la cera, late algo ahí adentro, como si adquirieran alma".

Hace, además, animaciones de dibujos, de fotografías y performances. "Exhibiré una en que aparezco con los ojos vendados y trato de equilibrar el ojo derecho con el izquierdo, equilibrar las distintas opiniones políticas. Fue en los años 80, y después de eso no hice nunca más algo así. Hay otras cuestiones que me importan más como la migración, la identidad, la sanación y experiencias chamánicas que son muy visuales".

—¿El color, qué lugar ocupa?

"En una época la idea era usar menos color. Pero cuando trabajé el tema de la heráldica, cambió. Y para Venecia dije 'o me tiro ahora o nunca'. Me liberé ahí y fluyó el color. Empecé a sanar el limitarme a lo monocromático, a lo simbólico. El color tiene que ver con el estado de ánimo. ¡Hoy estoy mucho más colorín y sin complejos!".



"Los volcanes despiertos", Grafito y óleo. Lo telúrico viene de Rapanui y de un bisabuelo boliviano. Mientras que otros parientes donaron las tierras para el Santuario de Lo Vásquez.

—Y eso que su dibujo es complejo, puede parecer algo extraño...

"Son niveles de conocimiento que tenemos. Uno no está inscrito en un sincretismo en donde todas las culturas se unen, pero esa cosa asociativa, arquetípica ayuda a ordenar. Tuve un tiempo muy arquetípico, pero lo mezclaba con mitología griega, que me interesaba. Quería hacer nuevos arquetipos. Siempre pienso en la influencia junguiana, el dibujar la memoria, los sueños. Esa parte onírica se transforma en la mística junguiana. Me inspira mucho en mi obra y también, para entender que somos más que este cuerpo, en base al budismo. Todas esas encrucijadas que nos hacen tan complejos, las llevo a mi obra".

—¿Pero se la inscribe muy cercana al surrealismo? ¿Lo comparte dentro de su dialéctica?

"Hay una parte muy fuerte del surrealismo en mi obra. Siempre me importó más el imaginario. Y empecé a coleccionar libros antiguos como uno de 'La botánica para la farmacia'. Partí por imaginar mis propias teorías sobre la evolución del hombre, qué tenemos de plantas, de naturaleza, de espíritu... El surrealismo empezó con esos personajes que dibujo y que mezclan todo ello. También he sido una apasionada de las cartas del tarot".

—¿Y de dónde surgió su interés por los volcanes, que subyacen en buena parte de esta exposición?

"Los volcanes despiertos" siempre fue un tema de gran interés: cómo la cordillera iba despertando las conciencias. Empecé a entender el mundo, lo que ejercían los volcanes despiertos en la psiquis del hombre, los que asocio también con el útero de la madre tierra. Mi contacto con el norte está, además, muy vinculado a la pachamama y que somos un reflejo de ello. En la muestra hay una obra que es un saludo al sol (Olurun) de las culturas ancestrales, del África; aprendí que antes se saludaba a los astros, que las estrellas eran parte de la vida. Y también hay algo de lo telúrico y de mis ancestros, a quienes honro mucho, como a un bisabuelo boliviano de Santa Cruz".

—En las figuras de los volcanes en sus obras, ¿no está citando al maestro Hokusai y sus 36 vistas al monte Fuji?

"No es el Fuji, aunque varios lo ven como ello y lo asocian de inmediato. Este imaginario viene de un campo de mi abuelo en la cordillera. Es un recuerdo de niñez, de algo vivido. Fui también a los siete años a Rapa Nui y me encontré con ese mundo volcánico. Fue muy fuerte ver esos hombres pájaros, a los moáis, ese mundo riquísimo me marcó".

La historia del arte también es una pasión desde niña: "Me encantaba Jean Dubuffet. Vi una foto pequeña de su obra y me fui a la Librería Francesa y encargué el libro. No me compraba dulces, pero sí libros de arte. Era la *nerd* del arte a los 11 y 12 años. Ahora, he ido a ver mucho la muestra de Hilma af Klimt. Una visionaria...".

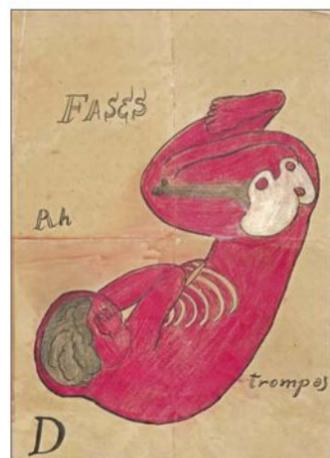
La música es esencial, más aún viviendo en Berlín, con uno de los más extraordinarios escenarios de concier-



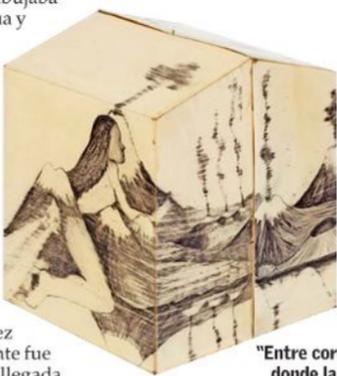
"Laberinto ascendente", óleo, 1997.



Lo espiritual y mitológico trasunta su obra: "Saludo a Olurun", técnica mixta.



"Fases", el color vibra ahora. Técnica mixta, grafito, pastel sobre papel.



"Entre cordilleras", donde la mujer se transforma en paisajes. Una de sus casitas.